

ANTIDOGMA

Si pudiera,
 si supiera como *cambiar el ritmo* de todas las cosas,
 dónde pulsar el botoncito rojo
 y *izas!*:
 ver como saltan por el aire todas las leyes de la monotonía,
 las malditas leyes de que se valen todas las religiones
 para hablarnos como a imbéciles,
 para decírnos: *éste es el Yin*
 y *ésto el Yang*,
 éste el camino de la tierra prometida,
 la incuestionable tabla de las Verdades,
 la tierra de Hurqalyá,
 "sacrificar la inclinación a la duda
 para que no caigáis en el pozo de las serpientes
 por toda la eternidad"
 esa *eternidad regida por los mismos dogmas incuestionables*
 que nos han llevado al descubrimiento del despertador,
 de la purificación por el napalm
 y a la justificación arquitectónica de la bomba de *neutrones*.

El bien y el mal,
 la guerra de las encíclicas,
 el *apostolado de los programas de gobierno*,
 la infalibilidad de los pontífices. . .
 y todo, para hacernos creer que no queda nada entre los polos opuestos:
 entre el padre Arrupe
 y la guerra del Vietnam.

Y, para nuestra desgracia,
todo en el cosmos parece seguir unas leyes físicas:
 la eterna perfección de lo creado,
 la invariabilidad del "esto ergo. . ."

Por eso, si pudiera. . .
 si supiera donde está *el botoncito rojo*,
 la piedra madre,
 el $q = r$,
 se les iban a caer los catecismos de los bolsillos
 y veríamos como el sol
 se estira verde
 sobre el vuelo liviano de la gravedad,
 sin saber qué va a *suced*er después:
 todos sentados en una cuerda floja
entre el Yin
 y el Yang,
 sabiendo que hay que empezar de nuevo a descubrir
 las huellas de la Arcadía,
 del paraíso perdido,
 aunque, tal vez *entonces*,
 no nos fuera tan necesario.